

insulta y tira piedras abajo. Las mas furiosas son las mujeres y los niños. Al fin los hombres matan al animal á tiros. Este recibe los balazos tranquilamente, sin quejarse y sin mover un párpado. La gente no se atreve á bajar hasta que el animal queda completamente muerto. Entonces le atan con cuerdas por las piernas y sacan afuera el cadáver con gran trabajo, pues el leon adulto pesa muchas veces mas de cuatro quintales. Cada muchacho recibe un pedazo del corazon para comer á fin de que se haga valiente. Los pelos de la crin sirven para amuletos, porque se cree que el que lleva estos pelos sale ileso de entre los dientes del leon.

El felino huye generalmente de toda clase de trampas y demuestra una desconfianza invencible contra los aparatos sospechosos ó cosas extraordinarias. Un caballo que se habia escapado, y que tuvo la desgracia de enredarse las piernas en el roncal que arrastraba en pos de sí, fué encontrado, segun Livingstone, despues de dos dias, ileso, á pesar de que numerosas huellas de leones demostraron que estos habian hallado al animal, sin atreverse á atacarle por miedo de caer en un lazo. Las fieras acometen pocas veces á los bueyes y ovejas cuando están ligados, y los primeros se emplean en el sur del Africa para la seguridad de los viajeros, atándoles fuertemente al carro, de modo que se paralizan todos sus esfuerzos para huir. Probablemente el miedo ó mas bien la desconfianza es asimismo la causa de que el leon ruja á la vista del «Kral» ó de la «Seriba» con la intencion de hacer salir el ganado, en vez atacarle directamente.

Para completar las noticias anteriores, copiaré una narracion de mi antiguo compañero de viaje y amigo, Leo Buvry.

«Es muy raro, dice, que los árabes declaren abiertamente la guerra al leon; y solo van á buscarle á su guarida algunas veces cuando acepta el reto. Los árabes de nuestros dias, aunque no carecen de valor, prefieren combatir al leon de una manera menos peligrosa: comienzan por buscar su pista, y cerca del sitio por donde debe pasar, abren un hoyo de cerca de 2 metros de profundidad, mas estrecho por arriba que por abajo, algo parecido á un silo. El árabe se oculta en aquel agujero, cubriéndole despues con ramaje, y allí permanece horas enteras hasta que la fiera vuelve á pasar por el mismo sitio. Cuando se pone á su alcance, el cazador apunta al corazon ó á la frente; pero el tiro no puede ser certero á causa de las tinieblas, y sucede á veces que el animal no queda mortalmente herido. Cuando lo está levemente, la emprende con todo cuanto le rodea, y hasta destroza árboles bastante gruesos con sus garras.

»En general no se apresura para alejarse del sitio donde ha recibido el golpe, y trata de descubrir á su enemigo oculto; aquel es el momento mas á propósito para que el cazador le regale una segunda bala, que suele poner fin á su vida. Sale entonces el árabe de su escondite; enciende una gran hoguera; se emboza en su albornoz y espera la llegada del dia.

»En la época del celo, el cazador, que teme la llegada de la leona, enciende, como siempre, su fuego; ata las piernas traseras de su víctima con una cuerda: trepa á un árbol elevado, á cuyas altas ramas la rodea, y tirando vigorosamente, levanta al leon lo bastante para librarle de la voracidad de las hienas y de los chacales. Ya se comprenderá que no puede hacer esto sino con individuos que no alcancen su completo desarrollo, pues semejante animal tendria demasiado peso para que pudiera levantarlo un solo hombre.

»Cuando asoman los primeros albores de la aurora se pone en camino el árabe para volver á su aduar.

»Pasando por una fuente, se sienta para hacer las oraciones y rezos que le prescribe el Coran; despues camina tan aprisa como puede. Llegado á casa, apenas se toma tiempo

para restablecer sus fuerzas; coge un asno fuerte, llevando en él el leon á la ciudad. Los caballos y los mulos no se pueden emplear en el transporte de esta fiera, pues le tienen un miedo invencible y tiemblan de tal modo á su vista que no se les puede obligar á caminar; si el leon es demasiado pesado para un asno, el árabe alquila un carro para llevar su presa.

»Empieza entonces el triunfo del cazador, pues la noticia de su hazaña se ha propagado como fuego. Pasa primeramente por su aduar, donde hombres, mujeres y niños salen á darle la enhorabuena por su valor. Los disparos con pólvora sola son de rigor, para demostrar el regocijo público y un «diffa» ó comida de recreo, da fuerzas al cazador para continuar su viaje á la ciudad.

»Algunos amigos le acompañan, y el cortejo se pone en movimiento: cuando pasa por delante de un aduar, acuden los árabes y felicitan al vencedor por su bravura, admirando el tamaño de la fiera; al paso se agregan otros individuos á la comitiva, que aumenta segun va acercándose á la ciudad, hasta que al fin se hace alto en la oficina árabe, donde el cazador ha de recibir la recompensa que se le debe legalmente. La prima era en otro tiempo de 100 francos; pero desde que los indígenas y los europeos han hecho de esta caza su ocupacion regular, se ha rebajado á 50, gratificacion que se da tambien por el leopardo. Percibida la suma, el cortejo se dirige al palacio del comandante general á quien se ofrece la piel del leon en cambio de un regalo de bastante valor; pero si dicho jefe no se muestra deseoso de adquirirla, limitase el árabe á pronunciar un sentido discurso sobre su bravura; y la piel pasa á manos de un curtidor que abona por ella de 100 á 150 francos para venderla á los viajeros por 400 por término medio. La carne se da al carnicero, el cual la vende á razon de 50 céntimos la libra á los franceses y otros europeos á quienes les gusta.

»El cazador gana así unos 300 francos, suma enorme para un árabe. Por lo comun compra un albornoz nuevo, un jaique y unas zapatillas, y vuelve satisfecho al aduar; mas esta rápida y fácil ganancia no suele serle ventajosa, pues á partir de aquel momento, el feliz cazador, que no sueña mas que en primas y leones, descuida todos sus negocios para ir á cazar fieras al acecho. Desgraciadamente, la fortuna es avara; aquella corta suma de dinero desaparece rápidamente, y bien pronto falta la pólvora; el árabe cambia su albornoz nuevo por uno viejo, las zapatillas se gastan y no tarda en hollar con sus piés desnudos la ardiente arena del desierto, convirtiéndose al fin el héroe en el miserable mendigo de antes. Durante mis viajes he tenido ocasion de trabar conocimiento con estos vencedores de leones, cuya única fortuna consiste en sus laureles, viendo satisfechos todos sus deseos con una sola carga de pólvora, porque es el primer paso hácia la riqueza y los honores. Algunos de estos cazadores permanecian muchas horas, y hasta dias enteros, delante de mi puerta, con el objeto de referirme sus hazañas, y su charla terminaba siempre haciéndome un pedido de pólvora; mas nunca pude conseguir que ninguno de ellos cazara para mí otros animales.

»Todos los años se vende en las ciudades de Argelia cierto número de leoncillos, por cada uno de los cuales pagan los europeos de 50 á 120 francos. Los árabes cogen estos animales con trampas; ó siguiendo la pista de la leona sobre la nieve reciente; van durante su ausencia á robar los cachorros á la guarida misma, empresa que, como se comprenderá, ofrece sus peligros, porque sucede á menudo que los gritos de los leoncillos atraen á la madre, la cual se precipita contra los raptos dominada por su terrible furia y con el valor de la desesperacion.

»El invierno, y sobre todo cuando las grandes nevadas cubren las alturas, es la estacion mas favorable para cazar las fieras, pues obligadas á bajar hasta las partes inferiores del bosque para buscar su alimento, el cazador, guiado por las huellas que dejan sus pasos, puede descubrir fácilmente su guarida.

»Ni los rios profundos, ni los rápidos torrentes detienen al leon en su camino. De un salto gigantesco se precipita al agua y la cruza nadando. Durante el período del celo, la leona sigue siempre al leon, y mientras este se acerca á un aduar para coger una ternera, un caballo ó un mulo, espera tendida tranquilamente la vuelta del macho. Dicese que este lleva su cortesía hasta el punto de dejar la primera y mejor parte de la presa á la leona, y que no come sino cuando esta ha satisfecho su apetito.

»En nuestra Europa civilizada se aprecia demasiado poco el mérito de un cazador de leones, si bien se le reconoce cierto valor, elogiándose su perseverancia, pero sin tener en consideracion la inmensa utilidad que esto reporta al país. A continuacion daré algunas noticias sobre este asunto.

»El leon vive, por término medio, treinta y cinco años. A causa de la robusta estructura de su cuerpo, desarróllase en él, despues de un ayuno de doce horas, un apetito voraz, y como además le gustan los buenos bocados y no le agrada comer por segunda vez de una pieza muerta, la cual abandona para pasto de los chacales y las hienas, los destrozos que el leon ocasiona son naturalmente mucho mayores. Estos destrozos se pueden calcular con bastante exactitud, puesto que el animal habita comunmente una misma region; es muy fácil contar las pérdidas que causa durante el año en los aduares, robándoles caballos, mulos y corderos. Esta pérdida, segun los cálculos hechos, puede ascender en un año á 6,000 francos por término medio, y de consiguiente representa en toda la vida del leon la de 200,000 francos. Solo en la provincia de Constantina existen por lo menos cincuenta leones, que durante toda su vida necesitan un alimento que representa el valor de 10,500,000 francos. Segun este cálculo, puede formarse una idea de la utilidad que el valeroso cazador de leones, Julio Gerard, ha reportado á la Argelia con sus felices cacerías. Hé aquí por qué todos los europeos y árabes veneran á este oficial de los spahis como á un semidios.»

Quando se cogen los leones muy jóvenes se domestican perfectamente, si se tiene mucho cuidado con ellos. Reconocen en el hombre á su bienhechor, y le quieren en razon de su solicitud. Imposible es figurarse nada mas amable que un leon domesticado así, observándose que al cabo de algun tiempo, no solo olvida su libertad, sino hasta puede decirse que, olvidando su naturaleza de leon, se entrega en cuerpo y alma á su amo. Yo cuidé durante dos años una leona, y he descrito detalladamente en otra parte la dulzura de su vida, que me limitaré á describir aquí en breves palabras.

Bachida, así se llamaba la leona, habia pertenecido en otro tiempo á Latif-Bajá, gobernador egipcio de la parte oriental del Sudan, y fué regalada luego á uno de mis amigos. Familiarizóse muy pronto en la granja, donde se la dejaba circular libremente, y á poco me seguia como un perro, me acariciaba á cada momento, y hasta llegó á ser importuna, porque á veces tenia el capricho de buscarme por la noche en mi propia cama, despertándome con sus halagos. Al cabo de pocas semanas, habiase arrogado un derecho absoluto sobre todos los seres que vivian en la hacienda, aunque mas bien era para jugar con los animales que para hacerles daño. Solo dos veces le ocurrió ahogar á uno para devorarlo: la primera fué un mono y la segunda un cordero con el que habia jugado pocos momentos antes; pero la verdad es que

trataba á todos los demás animales con la mayor arrogancia, hostigándoles é inquietándoles de todos modos. Uno solo de ellos habia encontrado el medio de dominarla; era un marabú, que en los primeros tiempos en que se conocieron se sirvió de su poderoso pico para golpearla con tal confianza, que despues de un largo combate acabó la leona por declararse vencida. Complaciase muchas veces en echarse como los gatos acechando á uno de nosotros para lanzarse de improviso sobre él, como hace aquel con el raton, si bien tan solo con objeto de jugar. Siempre se conducia respecto á nosotros con dulzura y lealtad; la hipocresía era cosa desconocida para ella; y aun despues de aplicarle un correctivo, volvía á los pocos minutos para acariciarme con la misma confianza de antes. Su cólera desaparecia instantáneamente, y la menor caricia bastaba para que se dulcificase.

Durante mi viaje desde Charthum al Cairo, que hicimos bajando por el Nilo, se la encerró en una jaula mientras el barco estuvo en movimiento, mas apenas echábamos el ancla, se la dejaba en libertad. Entonces todo se la volvía brincar y saltar, y aprovechaba aquellos momentos para satisfacer sus necesidades, pues era tan aseada, que durante todo el trayecto no ensució su jaula. Sus salidas motivaron algunas diabluras; una tarde degolló á un cordero en un pueblo, y hallándose en otro, atrapó á un negrillo; pero felizmente pude salvar á este desgraciado, porque la leona se mostraba siempre dócil á mi voz. En el Cairo pude pasearme con ella llevándola sujeta con una cuerda, y durante la travesía de Alejandria á Trieste, la hice subir diariamente al puente, con gran satisfaccion de todos los pasajeros. Despues se la condujo á Berlin y estuve dos años sin verla; pero cuando volví á visitarla, me conoció inmediatamente. En vista de todo esto, no hay razon para poner en duda una multitud de relaciones semejantes, referentes á los leones cautivos.

Quando se le alimenta bien, el leon resiste mucho tiempo la cautividad. Necesita diariamente cerca de ocho libras de carne buena; si se las dan manteniéndose bueno y engorda.

Pocos animales han dado lugar á tantas fábulas como las que circulan sobre el leon, y se comprende fácilmente que estas daten de las épocas mas remotas. Los antiguos monumentos egipcios le representan en las mas diversas situaciones de su vida y nos prueban que los primitivos egipcios le han conocido muy bien, clasificándole además con gran exactitud. «La antigua lengua egipcia, dice Juan Dumichen, el cual ha ilustrado la Vida de los animales con la siguiente descripcion, designa al leon y al gato con la misma palabra. El grupo que representa en los jeroglíficos á estos animales, se indica por la palabra *maau*, palabra en que no se puede desconocer la formacion del sonido. El determinativo, es decir, la figura que se antepone para explicar el grupo anterior, que en este caso es la figura de un leon ó de un gato, decide la significacion de la palabra. Además de «*maau*» se encuentran aun las palabras «*ar*» y «*tam*», la última sobre todo para la significacion de una deidad que se veneraba en la ciudad de Tal, situada al este del Delta; esta llamada Tanis por los griegos, Zoan en la Biblia se llama hoy San; la deidad estaba representada por la imagen de un leon, y el pueblo le adoraba como protector de las puertas del Oriente y como vencedor del Baal asiático. No cabe duda que los egipcios antiguos han concedido al leon el primer rango entre los animales, por la sencilla razon de que la palabra «*maau*» significa todo el orden felino. Así se dice, por ejemplo en el rollo de papiro llamado Harris, del nombre de su poseedor: «(Oh señor de los dioses! protégeme contra todas las fieras (*maau-u*) del país, contra los crocodilos en el río y contra todas las serpientes que pican!» Empleada como jeroglífico, la figura de un leon durmiendo es el tipo del sonido R ó L que formaban una sola letra en



la lengua egipcia; hoy, todavía encontramos en el copto, idioma hijo del antiguo egipcio, las mismas palabras en cuya formación entraba como jeroglífico el león dormido, *R ó L* escritas indistintamente.

» En los monumentos de todos los tiempos del imperio egipcio, aun en los que cuentan 4,000 años de antigüedad, como por ejemplo en las sepulturas de las pirámides de Sakhara, encontramos con frecuencia en el adorno de las paredes de los templos y en las criptas, imágenes de leones salvajes y domados, no solo africanos sino también asiáticos; estos últimos fueron llevados por los pueblos asiáticos como tributo al Egipto, ó cogidos por los reyes en sus guerras en el Asia. El relieve más antiguo que conozco de una caza de leones está en la sepultura de Sakhara, cuyo adorno en imágenes es sin duda una de las creaciones más perfectas del antiguo arte egipcio, y la cual se recomienda á los zoólogos por el gran número de figuras de animales que contienen sus paredes. El propietario del sepulcro, llamado en las inscripciones Ptah-Hoteb, alto dignatario del imperio del rey Tatkara-Assa, del Tancheres de la quinta dinastía (la manethonia) y probablemente el mismo que escribió las sabias sentencias sobre el trato de los hombres que se han hecho tan célebres bajo el citado rey, prueba que también sabía tratar á los animales y cazarlos. En la primera parte de mis *Resultados de una expedición arqueológica*, he reproducido todos los relieves é inscripciones de las cuatro paredes y entre ellas también la citada escena de caza. No se representa en ella, como en otros relieves, el ataque al león con la lanza, sino la captura de la fiera con trampa. El animal fué atraído por una ternera que sirvió de cebo; el artista egipcio ha representado con mucha sencillez el terror de esta; al lado espera una jauría de perros atados, prontos á precipitarse sobre el león. La otra mitad del gran cuadro representa á un león del Senegal ó de Sennaar con escasa crin, encerrado en una jaula llevada por varios hombres, como prueba de que la caza ha tenido buen éxito, ó que ya en aquellos tiempos había medios de coger á la poderosa fiera.

Los antiguos egipcios sabían domar al guepardo y al león, empleándoles para la caza. En muchos relieves vemos al soberano atacar con la lanza al rey de los animales, y tenemos noticia de que Amenofis III mató en los diez primeros años de su reinado nada menos que 110 leones. En otro relieve encontramos las figuras del rey y del león que luchan juntos con el enemigo.

Así por ejemplo, se presenta la imagen del rey Ramsés el Grande, en los templos de roca nubios de Derr y Abu-Simil, en compañía de un león que lucha á su lado; la inscripción jeroglífica de esta imagen dice: «El león, compañero de Su Majestad, destroza á sus enemigos.»

La Biblia cita al león en muchos pasajes, y los hebreos le dan diez nombres diferentes. Así significa la palabra *gur* con preferencia un león pequeño, que aun mama y vive con la madre; pero no se conoce de seguro la raíz de esta palabra. *Kefir* es un león joven que va en busca de su presa. Con la voz *ari*, se comprende un león adulto; esta palabra viene de una raíz que significa arder y por eso se llama al león el fogoso, el ardiente ó furioso. En efecto, se pronuncia la palabra *ariéh* ó *arjeh*, pero entonces no significa sino la imagen del león fundida en bronce y dorada. *Chajal*, el quinto nombre, es tanto como el rugidor; *Chajaz*, el sublime, soberbio ó el que se levanta; *Oten* significa el león desarrollado; *Labi*, una leona; *zobba*, la misma palabra que se emplea en árabe, degollador de los rebaños. *Lajisch*, en fin, el habitante del terrible desierto (1). La Biblia nos enseña tam-

(1) Consultado este asunto con el sabio hebraista, mi particular amigo D. Antonio García Blanco, catedrático de la facultad de letras

bien que había antes leones en Palestina, sobre todo en el Líbano, y que eran hasta frecuentes en varios sitios.

Los griegos y romanos hablan de un modo muy circunstanciado respecto del régio animal, refiriendo á la par una multitud de fábulas. «Los huesos del león, dicen, son tan duros, que echan chispas golpeándolos unos con otros; este animal desprecia á los otros más pequeños, respeta á las mujeres, etc.» la fuerte leona no da á luz, según ellos, sino un pequeño durante toda la vida, porque este rompe con sus agudas garras la cavidad uterina, lo mismo que sucede con la víbora. Aristóteles dice que la leona pare varias veces leones muy pequeños, que no pueden andar sino al segundo mes, y añade que hay dos especies de leones, unos más cortos con la crin rizada, los cuales son más tímidos, y otros más grandes, con la crin espesa, que son los más fuertes. Plinio dice que los leoncitos son al principio pedazos de carne sin forma, y no mayores que la comadreja, que aun á los dos meses apenas pueden moverse, y no aprenden á andar sino después del sexto mes. Beben varias veces, comen un día sí y otro no, pudiendo ayunar tres días consecutivos; tragan su alimento entero, sacándose de la boca con las garras lo que el estómago no puede contener, para huir en caso de necesidad. Entre todas las fieras es el león el único que perdona al que le suplica; no hace daño á los que se prosternan delante de él; muestra su furia más con los hombres que con las mujeres; y no ataca á los niños sino obligado por el hambre.

En Libia se cree que el león entiende las súplicas, pues una mujer cautiva contó que había sido atacada por muchos leones, pero á todos les había aplacado con buenas palabras, diciéndoles que ella no era más que una mujer fugitiva y enferma, una suplicante delante del generoso soberano de todos los animales, una presa indigna de la gloria del mismo: entonces el león la dejó en libertad.

La primera lucha de leones fué organizada por el edil Scevola; la segunda por el dictador Sila que tenía ya cien leones; Pompeyo hizo luchar seiscientos y Julio César cuatrocientos. En aquella época era muy difícil cazar leones, y por lo regular se cogían en fosos. En tiempo de Claudio, un pastor descubrió un medio muy fácil para apoderarse del felino: le arrojaba una almilla sobre la cabeza y el león se sorprendía tanto que se dejaba coger. En el circo se em-

de la Universidad central, se ha servido comunicarme los siguientes y curiosos datos.

«No creo que en la Biblia tenga el león diez nombres; pues solo reconozco como tales *gur*, *kephir*, *ari*, *ariéh*, *labi* y *layisch*: mas estos, no en el concepto ó bajo las relaciones que se indican en la anterior nota, sino *gur* en cuanto *cachorro* que mora con su madre en la caverna; *kephir* en cuanto *cubierto* aun con el primer pelo; *ari* en cuanto *dilacerante* ó *destructor*; *ariéh* en cuanto *cruel*; *labi* en cuanto *rugiente*; y *layish* en cuanto *valiente* ó *esforzado*. De este último ha salido el nombre caldeo *leis* y *layith*, el árabe *laeton*, el griego *lis*, el latino *leo* y acaso *lis*, *tis*, la pelea. Todo consiguiente á la raíz hebraica *layas*, que aunque desusada en la Biblia, no obstante, en árabe sale en tercera y quinta forma, significando valiente—*validus*, esforzado—*fortis*.

» De *leo* latino y *lis* griego, salió *lynx*—lince; porque suponían los antiguos que el león gozaba de una vista muy penetrante.

» Los otros nombres que se le atribuyen al león no le son propios, ó al menos en la Biblia no se reconocen como tales: *schachal* no es el león, sino el *chacal*: *schachas* no lo conozco: *oten*, que querrá decir *joten*, es árabe y no sale en la Biblia: *zobba* tampoco, y si es nombre del león, será en cuanto *dorado*; leonado se dice en español; rubio oscuro dice el Diccionario de la Academia.

» Las etimologías distintas que se dan á todas estas palabras, provienen de la inseguridad de propiedad hebraica en las raíces de donde salen; lo cual no se subsanará, interin naturalistas competentes no entren á estudiar la exactitud de aquellas raíces en que figuran letras de ideología dudosa.»

(Nota del Dr. D. Juan Vilanova y Piera, reproducida de la primera edición de esta obra).



GRUPO DE PUMAS